

Leoluca Orlando era la próxima víctima de la mafia

- Ex alcalde de Palermo equilibró legalidad y cultura en la misma balanza.
- Leoluca Orlando impulsa la resistencia civil en diferentes países.
- El silencio de la gente honesta es el oxígeno de los delincuentes.



Por Zulma Andrea Sierra Bedoya Medellín

Había una vez un niño de trece años que vivía en una ciudad llena de mafiosos. Como nadie hablaba del tema y la palabra mafia parecía desterrada del vocabulario local, este inquieto jovencito decidió organizar un seminario sobre el asunto.

El rector del colegio, jesuita para más señas, se asustó a tal punto que llamó a los padres del intrépido para increparlos: si nosotros no tenemos ninguna relación con la mafia, ¿por qué a él se le ocurrió desempolvar algo tan vergonzoso?

Refiriéndose a una tercera persona que es él mismo y relatando la historia como si fuera un cuento, Leoluca Orlando, presidente del Instituto para el Renacimiento Siciliano, cuenta cómo nació su interés por devolverle el honor a Palermo, su ciudad natal, despojándola del estigma que, por años, la marcó: ser la capital italiana de la mafia.

"El rector del colegio, como la mayoría de los habitantes de Palermo permanecía en la zona gris: no hablaba, no veía, no escuchaba nada relacionado con la mafia; porque los mafiosos necesitan que las personas honestas permanezcan en esa zona gris. Esa es su primera condición para existir, por encima, incluso, de contar con hombres que disparen", explica Orlando, quien fue alcalde popular de Palermo, capital de la isla de Sicilia, al sur de Italia.

Como le sucede a casi todos los colombianos que viajan al exterior, los palermitanos, en general, eran señalados como mafiosos. "Cuando cumplí 20 años fui a estudiar a Alemania y mis compañeros me preguntaron ¿de dónde vienes? de Italia, les respondí; pero, ¿de dónde vienes? Volví a preguntar y yo decía, del sur de Italia; sí, ¿pero de dónde vienes exactamente? y yo tuve que decir ¡de Sicilia! Entonces, exclamaban: ah... mafia. Esa era la contradicción: yo vivía en una tierra donde nadie hablaba de ello, pero la Sicilia en el mundo era conocida solamente por la mafia. Decidí, desde ese momento, sentirme orgulloso de ser siciliano pero para ello debía derrotar la mafia", recuerda Orlando con algo de simpatía.

Casi un millón de habitantes vivían en la ciudad de Palermo en 1992, cuando fue elegido alcalde popular con el 75 por ciento de los votos. Los europeos la catalogaban como "peligrosa", porque a mediados de los años 80 se contabilizaban entre 240 y 250 homicidios anuales, todos relacionados con las organizaciones del narcotráfico. "El año pasado tuvimos entre 7 y 8 homicidios pero ninguno ligado con el crimen organizado", cuenta el ex mandatario, quien hoy en día promueve una Red Internacional de Economía y Cultura de los Derechos Humanos.

Reconoce que el camino para llegar hasta aquí no fue sencillo ni corto. El primer paso, según explica, consistió en fortalecer el coraje o resistencia de la sociedad civil; el segundo, impedir la impunidad y el tercero, luchar por el respeto de los derechos humanos. Cada uno de los escalones se fundamentó en la teoría que él mismo bautizó El carro siciliano.

Dos ruedas sincronizadas

El tradicional carro siciliano es lo que se conoce como una carretilla de dos ruedas.

Para Orlando una de las ruedas es la legalidad, es decir, las leyes, la autoridad; y la otra es la rueda de la identidad, o sea, la escuela, la banca, la iglesia, la sociedad civil, en general.

"Si solo tenemos leyes y leyes y leyes se corre el riesgo de que la Policía o quien represente al Estado se quede solo y en tal caso, se corrompa o sea víctima mortal de la delincuencia. Si gira solamente la rueda de la identidad o de la cultura corremos el riesgo de organizar un hermoso concierto de música siciliana o colombiana en honor de un narcotraficante", amplía Orlando para indicar que ambas ruedas deben girar a la misma velocidad y de forma simultánea.

En 1997 Leoluca Orlando obtuvo por segunda vez la Alcaldía de Palermo con el 58.5 por ciento de los votos y consiguió la calificación triple A de la agencia financiera Moody's para su ciudad.

"Para un operador de la bolsa de valores de Nueva York era tan importante establecer relaciones con la Alcaldía de Palermo como con la de Estocolmo o Boston. Estábamos a la altura de las ciudades más confiables, desde el punto de vista económico", comenta el abogado.

La distinción se obtuvo luego de años de depurar el presupuesto municipal, liberar de corrupción el recaudo de impuestos y hacer un inventario completo de los bienes históricos, culturales y arquitectónicos de la ciudad, porque hasta entonces "el desorden urbano era conveniente y estaba al servicio de la mafia".

Leoluca Orlando es consciente de que en Sicilia está surgiendo una nueva generación de mafiosos que invocan valores emergentes de la cultura italiana como la libertad y el éxito; pero confía en que la sociedad haya alcanzado la madurez y la experiencia suficientes para combatirla sin violencia. Hernán Chica

Escondido en el Cáucaso

Como si sus manos tuvieran vida propia y hablaran sin necesidad de mediación de los labios, Leoluca Orlando pasa de la euforia que le produce describir el bienestar actual de sus conciudadanos al terror que le causaron aquellos años donde su teoría del carro siciliano era apenas un sueño.

"Una vez tuve que dejar Italia con mi esposa y mis hijos y esconderme en las montañas de Georgia, en el Cáucaso, porque era muy peligroso permanecer en Italia", comienza su relato de una de las épocas más dolorosas para Sicilia.

"Hasta que capturaron a unos importantes capos de la mafia, regresé a mi ciudad para seguir siendo su Alcalde. Vivía en una especie de guarnición militar. Por 20 años yo no supe lo que era caminar junto a mi esposa o a mis hijos".

El narcotráfico lo tenía señalado como "el próximo" a ser asesinado y Orlando tomaba precauciones, mientras recorría las escuelas enseñando a los niños qué era eso del carro siciliano y por qué resultaba más divertido cumplir las leyes que estar en contra de ellas.

"Fue tan impactante la experiencia con la educación que un niño, hijo de un mafioso que estaba encarcelado, me dijo alguna vez que él prefería ser policía y no mafioso porque terminaría en una prisión".

Al mismo tiempo, los pequeños aprendían la historia de su ciudad para formarse como guías turísticos. La mentalidad comenzaba a transformarse.

"En 1992 la mafia mató a un ilustre magistrado y meses después, a otro. Luego de esas tragedias la prensa publicó un artículo diciendo que Leoluca Orlando era la próxima víctima.

Un grupo de mujeres de Palermo se acercó al jefe de la Policía y le entregó la lista de sus hijos, con sus direcciones y le dijeron a la Policía que sus los niños estaban listos para viajar dentro del carro blindado de Orlando.

Obviamente, ellos no iban a viajar conmigo pero las mujeres dieron un mensaje claro: Leoluca Orlando no está solo y la vida de sus hijos es tan importante como la del Alcalde. Tengo pruebas de que los capos reversaron la orden de asesinarme, porque no querían echarse en contra a los niños y a las mujeres," concluye el líder político para explicar que la resistencia civil es más poderosa, como método de persuasión, que cualquier intento de venganza.

Versos satánicos

Así como narra su vida en forma de cuento, Orlando se vale de cuatro ejemplos para explicar por qué la delincuencia común es derrotable con la autoridad, pero el narcotráfico y las diferentes formas de terrorismo que se valen de la cultura o de la religión, sólo pueden acabarse con el trabajo conjunto del Estado y la sociedad civil.

"La mafia está dentro y en contra de la política; dentro y en contra de la sociedad civil; dentro y en contra de la iglesia. En esa medida, utiliza los valores propios de una cultura para ir en contra de ella y asesinar en nombre de ella. Estar orgulloso de ser católico, por ejemplo, no es un delito pero el terrorista de Belfast, Irlanda del Norte, transforma ese derecho en un verso satánico y lo convierte en un delito".

Orlando enumera los valores de Alemania, Italia, China, del pueblo islámico, que han sido tergiversados por poderosas organizaciones terroristas o del narcotráfico para estigmatizar a esas mismas culturas.

Su planteamiento final no es contundente sino cuestionante. "Yo les pregunto a ustedes: ¿cuáles valores del pueblo colombiano se están utilizando como versos satánicos? Además, quiero saber, ¿existe el coraje colombiano?"